

De actualidad

Otro aspecto del liberalismo

El Liberal Madrid 17 abril 1920

Dícese que los liberales —los sedicentes así— se han unido otra vez, aunque no fusionado, y que se han unido para poder ofrecer a la Corona un instrumento de Gobierno. Los chicos suelen andar en sus juegos ajuntándose, desajuntándose y re-ajuntándose. “Ya no me ajunto con Manolo”, dicen, o bien: “Me he desajuntado de Santiago”.

La unión hace la fuerza —dicen—. Y la unión cuando es espiritual, hace también la idea. Tanto o más que el que la idea haga la unión. Hay quien cree y sostiene que es la Iglesia la que hace el dogma y no el dogma el que hace la Iglesia. ¿Y les ha re-ajuntado a los sedicentes liberales una re-conciencia del liberalismo? ¿O saldrá de su re-ajuntamiento una renovación del concepto liberal?

Vamos a permitirnos unas breves consideraciones sobre éste, sobre el liberalismo; consideraciones —no lo negamos— de origen lingüístico, pero que responden a la mayor preocupación política del momento: la de la cuestión social.

Hase llamado “artes liberales” —ya Cicerón las llamaba así— por oposición a “serviles”, las que eran propias de hombres libres —“liberos”— y no de siervos. Distinción que no responde a la de artes intelectuales y manuales. Un hombre libre podía, sin ser mal mirado, ejercer un trabajo manual y había oficios intelectuales —el de maestro de escuela— que lo ejercían siervos. La diferencia parece que estribaba más en el modo de percibir el precio de la obra.

El siervo, o trabajaba por la manutención, o a salario. Vendía horas o días de trabajo. Y el jornalero, el que cobra tanto por día de trabajo, es un siervo, y por mucho que cobre. El hombre libre vende el producto de su trabajo. Y así podríamos decir, sin grave quebranto de la propiedad de los términos, que es trabajo servil el de un médico o un abogado a sueldo fijo, con obligación de rendir tantas horas de trabajo, y que es trabajo liberal el del que cobra una asistencia, una operación quirúrgica, una consulta, un alegato.

Y así como distinguimos entre capitalista, que es el que vive del interés de un capital o de la renta de un mueble o de un inmueble —in-

cluso la tierra—, y obrero, que es el que vive de su trabajo, sea de la clase que fuere y por mucho que de él saque, así entre los obreros los hay de obra liberal y de obra servil. Y se observa que si el conservadurismo es doctrina de capitalistas y el socialismo lo es de obreros de obra servil, así los obreros de obra liberal han sido los sostenedores del liberalismo. El liberalismo ha sido la doctrina de los empleados en artes liberales. Los cuales suelen coincidir, por lo general, con los que llamamos intelectuales, aunque no sean exactamente lo mismo. Porque, como decíamos, no pocos oficios intelectuales —carreras, si queréis— son artes serviles. ¡Y tan serviles!

La mayor parte de los obreros de trabajo servil —manual o intelectual— entre los que están los empleados públicos, propenden hoy al socialismo, entendiendo por tal un régimen en que el trabajo siga siendo servil aunque uno se lo rinda a la colectividad o al Estado o como se quiera llamarlo. En ese régimen se vende el trabajo, no el producto de éste y lo cualitativo queda ahogado por lo cuantitativo. Y se corre el riesgo de que cobre lo mismo el que hace obra mejor que el que la hace peor, si emplea el mismo tiempo en ella. Marx propendía a tomar la hora de trabajo como medida.

Y acaso el papel del liberalismo, nacido de entre los dedicados a artes liberales —intelectuales o manuales— sea acabar, sí, con el capitalismo tradicional, con el hecho de que se pueda vivir, sin tener que trabajar, no más que de interés o de renta de capital amasado —tal vez por otro— pero para hacer que el obrero sea a la vez capitalista, es decir, que su arte sea liberal y no servil, que venda el producto de su trabajo —o en otro caso, su servicio— y no el trabajo mismo. Porque el socialismo actual propende, hay que reconocerlo, a lo que podríamos llamar “servilismo”, a hacer que todo trabajo sea trabajo servil, aunque el empresario sea la colectividad. No hay que olvidar que los soviets, por ejemplo, han brotado en un país cuya mentalidad se ha formado en la servidumbre. Y la libertad en que el siervo sueña suele ser una libertad servil. Pues sólo conciben libremente la libertad los que se educaron libres.

Y aún nos queda tela cortada sobre este liberalismo inspirado en la educación que dan las artes liberales.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES